

LA LIEBRE.

No suelen ser las mas útiles las especies de animales mas numerosas, antes por el contrario, vemos no haber cosa mas perjudicial que la multitud de ratones, de turones ó ratones campesinos, de langostas, orugas y demas turba de insectos, cuya escesiva multiplicacion parece permitida, mas bien que ordenada, por la naturaleza. Pero la especie de la liebre, y la del conejo tienen para nosotros dos ventajas, que son su utilidad y su número: las liebres se hallan universal y abundantemente esparcidas en todos los climas de la tierra; y los conejos, aunque originarios de climas particulares, multiplican tan prodigiosamente en casi todos los paises á que se les traslada, que luego no es posible destruirlos, y se necesita mucho arte para disminuir su número, á veces incómodo.

Si reflexionamos sobre la fecundidad sin limites concedida á cada especie, el producto innumerable que debe resultar de ella, la pronta y prodigiosa multiplicacion de ciertos animales, que se reproducen repentinamente, y vienen á millones á saquear los campos, y á devastar la tierra, nos admiramos de que no se apoderen violentamente del orbe, y nos dan impulsos de temer que le opriman con su número, y que habiendo devorado su sustancia, no perezcan con el orbe mismo.

Efectivamente, no podemos ver sin asombro llegar aquellas nubes densas, aquellos escuadrones alados de insectos hambrientos, que parece amenazan al globo entero, los cuales abatiéndose á las vegas fecundas del Egipto, la Polonia ó la India, destruyen

en un instante los trabajos y las esperanzas de todo un pueblo, y no perdonando granos, frutas, yerbas, hojas ni raíces, despojan la tierra de su verdor, y transforman las campiñas mas ricas en desiertos áridos. Vemos bajar de las montañas del Norte multitud innumerable de ratones, que como un diluvio, ó mas bien como una inundacion de sustancia viviente, vienen á cubrir las llanuras, penetran hasta las provincias del Mediodia, y despues de haber destruido en su tránsito cuanto vive ó vegeta, acaban inficionando la tierra y el aire con sus cadáveres. Vemos en los países meridionales salir repentinamente del desierto innumerales enjambres de hormigas, las cuales como un torrente, cuyo manantial fuese inagotable, llegan en columnas apiñadas, se suceden, se renuevan incesantemente, se apoderan de todos los parages habitados, echan de ellos á los animales y aun á los hombres, y no se retiran hasta haber causado una devastacion general. ¿Y no se han visto, en los tiempos en que el hombre todavía medio salvaje, estaba, como los animales, sujeto á todas las leyes, y aun á los excesos de la naturaleza, inundaciones de la especie humana, de normandos, de alanos, de hunos, de godos, en una palabra, de multitud de animales con rostro humano, sin domicilio y sin nombre, salir repentinamente de sus cavernas, marchar en tropas desenfrenadas, oprimirlo todo sin mas fuerza que el número, saquear las ciudades, trastornar los imperios, y despues de haber destruido las naciones y assolado la tierra, concluir por volver á poblarla de hombres tan nuevos como ellos, y mas bárbaros?

Estos grandes sucesos, estas épocas tan memorables en la historia del género humano no son, sin embargo, mas que unas pequeñas vicisitudes en el curso ordinario de la naturaleza viviente: este, en general, es constante siempre: su movimiento, siem-

pre arreglado, gira sobre dos eges inalterables, el uno, la fecundidad sin límites concedida á todas las especies, el otro los innumerables obstáculos que reducen el producto de esta fecundidad á determinada medida, y que en ningun tiempo permiten sino casi la misma cantidad de individuos en cada especie; y como la multitud innumerable de aquellos animales que repentinamente se presentan desaparece del mismo modo, sin que por ella se aumente el total de las especies, el de la humana permanece tambien siempre el mismo, siendo solamente mas lentas las variaciones en ella, á causa de que siendo la vida del hombre mas larga que la de aquellos animalillos, es necesario que las alternativas de aumento y de disminucion se preparen mucho antes, y se efectuen en mayor espacio de tiempo. Este tiempo mismo no es mas que un instante en la duracion, un momento en la série de los siglos que nos hace mayor impresion que los otros tiempos, por haber sido acompañado de destruccion y de horror; pues considerando toda la tierra y la especie humana en general, el número de hombres, como el de los animales, debe en todo tiempo ser casi el mismo, respecto á que depende del equilibrio de las causas físicas: equilibrio que se halla en todo desde tiempos muy remotos, y que no pueden destruir los esfuerzos de los hombres ni las circunstancias morales, dependiendo estas mismas circunstancias de las causas físicas, de que son meros efectos particulares. Por mas esmero que el hombre ponga en su especie, nunca la hará mas abundante en un parage, sino destruyéndola ó disminuyéndola en otro. Cuando una porcion de la tierra se halla recargada de hombres, estos se esparcen, se dividen, se destruyen, y al mismo tiempo se establecen leyes y usos que á veces precaven demasadamente el exceso de la multiplica-

cion. En los climas escesivamente fecundos, como la China, el Egipto y la Guinea, se destierran, se mutilan, se venden ó se ahogan los niños. Los que existen se abrogan fácilmente derechos sobre los que no existen; y considerándose seres necesarios, aniquilan los seres contingentes, suprimiendo para su comodidad las generaciones futuras. En los hombres se ejecuta, casi sin advertirlo, lo que en los animales: se les cuida, se les multiplica, se les abandona ó destruye, según la necesidad, las ventajas, la incomodidad ó embarazo que de ellos resultan; y como todos estos efectos morales dependen en sí mismos de las causas físicas que desde que la tierra tomó su consistencia, se hallan en un estado fijo y en un equilibrio permanente, parece que así en el hombre como en los animales, el número de individuos de cada especie no puede dejar de ser constante.

Bien entendido, que este estado fijo y este número constante no son cantidades absolutas, pues todas las causas físicas y morales, y todos los efectos que de ellas resultan, están comprendidos y balancean entre ciertos límites mas ó menos estensos, aunque nunca bastante grandes para poder romper el equilibrio. Como todo en el universo está en movimiento, y todas las fuerzas esparcidas en la materia obran unas contra otras y se contrarestan, todo se ejecuta por especies de oscilaciones, cuyos puntos medios son aquellos á quienes referimos el curso ordinario de la naturaleza, y cuyos puntos extremos son en ellas los periodos mas distantes. Así vemos tanto en los animales como en los vegetales, que el exceso de la multiplicacion es ordinariamente precursor de la esterilidad; y que la abundancia y la escasez se presentan alternativamente, y á veces se siguen con tanta inmediacion, que tal vez podria calcularse la produccion de un año por el producto del que le ha

precedido. Los manzanos, los ciruelos, las encinas, las hayas y la mayor parte de los árboles frutales no producen con abundancia, sino alternativamente ó de cada dos años uno; el número de las orugas, de los moscardones, los turones y otros muchos animales, que en ciertos años es escetivo, en el siguiente es muy corto. ¿Y qué seria de todos los bienes de la tierra, de los animales útiles y aun del hombre mismo, si estos insectos, produciendo en un año con exceso, se reprodujesen para el año siguiente por una generacion proporcionada á su número? Pero no: las causas de destruccion, de aniquilacion y de esterilidad siguen inmediatamente á las de una multiplicacion escesiva; y aun prescindiendo del contagio, consecuencia necesaria del demasiado cúmulo de toda materia viviente en un mismo lugar, hay en cada especie causas particulares de muerte y destruccion, que indicaremos adelante, y que bastan por sí solas para compensar los escesos de las generaciones precedentes.

Vuelvo á decir que esto no se debe tomar en sentido absoluto, ni aun riguroso, sobre todo por lo tocante á las especies que no están enteramente abandonadas á la naturaleza sola: aquellas de que el hombre cuida, principiando por la suya, son mas abundantes que lo serian sin su cuidado; pero como aun este mismo cuidado tiene límites, el aumento que de él resulta es tambien limitado, y se halla ceñido desde muy largo tiempo con barreras inmutables; y aunque en los países cultos la especie del hombre y las de todos los animales útiles son mas numerosas que en los demas climas, no lo son nunca con exceso, porque la misma potencia que contribuye á hacerlos procrear, los destruye cuando llegan á ser incómodos.

En los cotos destinados para la diversion de la

caza, se suelen matar cuatrocientas ó quinientas liebres. Estos animales multiplican mucho, á causa de hallarse en estado de engendrar en todo tiempo, y desde el primer año de su vida: su preñado solo dura treinta ó treinta y un días: su producto es de tres ó cuatro lebratillos; y no bien los ha dado á luz, cuando vuelven á recibir el macho: tambien le reciben estando llenas; y por la conformacion particular de sus partes genitales, suele ser frecuente la superfetacion por ser continuos el cuerpo de la matriz y la vagina, y no haber en las liebres orificio ni cuello de matriz como en los demas animales, sino que cada uno de los cuernos de la matriz tiene un orificio, que sobresale en la vagina, y se dilata al tiempo del parto; de suerte que estos dos cuernos son dos matrices distintas, separadas, y capaces de obrar con independencia una de otra. Así, pues, las hembras, en esta especie pueden concebir y parir en diferentes estaciones por cada una de dichas matrices; y por lo mismo las superfetaciones deben ser tan frecuentes en estos animales, como raras en los que no tienen duplicado el referido órgano.

Las liebres pueden, por consiguiente, estar en celo y preñadas á un mismo tiempo; y para prueba de que son tan lascivas como fecundas, bastará saber que hay en su conformacion otra singularidad notable, qual es la de que tienen el balano del clitoris prominente, y casi tan abultado como el del miembro del macho; y como la vulva apenas se percibe, y además de esto, los machos en su juventud no manifiestan á lo exterior escroto ni testiculos, es á veces difícil distinguir el macho de la hembra. Esto ha dado motivo á decir que en las liebres hay muchos individuos hermafroditas: que los machos solian parir como las hembras; y que algunos de estos animales eran unas veces machos y otras hembras, haciendo

alternativamente las funciones de ambos sexos; porque en efecto, las hembras, mas ardientes por lo comun que los machos, los cubren antes de ser cubiertas, y porque además se les parecen tanto en lo exterior, que á menos de examinar con mucha atencion, se toma la hembra por el macho, ó este por aquella.

Los lebratillos nacen con los ojos abiertos, y la madre los sustenta por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales se separan los hijuelos, y busean por sí mismos su alimento, sin alejarse mucho unos de otros, ni del parage en que nacieron, viviendo solitarios, y formándose cada uno su cama á corta distancia, como de sesenta ú ochenta pasos, por lo cual cuando se encuentra un lebrato en un parage, es casi seguro hallar otro ú otros dos en las cercanias. Estos animales salen á pacer de noche mas bien que de dia: se sustentan de yerbas, raices, hojas, frutas y semillas; y prefieren las plantas cuya savia es lactea, royendo tambien en el invierno, las cortezas de los árboles, á escepcion del álamo y el tilo, á los cuales no tocan. Suelen algunos criar liebres en sus casas, y mantenerlas con lechugas y legumbres; pero la carne de estas liebres siempre es de mal sabor.

Las liebres duermen ó descansan en sus camas por el dia, y no viven, para decirlo así, sino de noche, que es cuando se pasean, comen y se juntan, y tambien cuando, con la claridad de la luna se las vé jugar, saltar y correr unas tras otras; pero el menor movimiento, el ruido de las ojas que caen, basta para turbarlas, y entonces huyen cada una por su lado.

Aunque algunos autores han asegurado que las liebres rumian, no soy de su opinion, por no creerla fundada, supuesto que no tienen mas que un estómago, y que la conformacion de los estómagos y demas intestinos de los animales rumiantes es muy diversa, pues el *ciego* de estos animales es pequeño, y el de la

liebre sumamente ancho; y si se añade á la capacidad de su estómago la del gran *ciego*, fácilmente se conocerá que pudiendo este animal tomar un gran volumen de alimentos, puede tambien mantenerse solo con yerbas como el caballo y el asno, que igualmente tienen un gran *ciego* y solo un estómago, y que por consiguiente no pueden rumiar.

Las liebres duermen mucho y con los ojos abiertos: carecen de pestañas; y su vista parece defectuosa, pero, en cambio, tienen el oído muy perspicaz, y mueven sus orejas, que son de tamaño desmedido, relativamente al de su cuerpo, con suma ligereza, sirviéndose de ellas como un timon para dirigirse en su carrera, la cual es tan rápida que se adelanta con facilidad á todos los demas animales. Como sus piernas delanteras son mucho mas cortas que las traseras, les es mas cómodo correr hácia arriba que hácia abajo; por lo cual cuando se ven perseguidas, empiezan siempre por encaminarse á parages elevados. Su movimiento en la carrera es una especie de galope, una série de saltos muy prontos y apresurados; y caminan sin hacer ningun ruido, porque tienen los pies cubiertos y guarnecidos de pelos hasta por la parte inferior, siendo estos quizá los únicos animales que tienen pelos dentro de la boca.

No viven las liebres sino siete ú ocho años, cuando mas, y la duración de su vida es, como en los demas animales, proporcionada al total desarrollo del cuerpo; de suerte que, adquiriendo todo su incremento en el espacio de un año, vienen á vivir cerca de siete veces un año. Algunos pretenden que los machos viven mas que las hembras; pero dudo que esta observacion sea fundada. Las liebres pasan su vida en soledad y en silencio, sin oírse las el metal de la voz, sino cuando se las coge con fuerza, y cuando se las hiere ó atormenta; y entonces no manifiestan su

dolor con gritos agudos, sino por una voz bastante recia, cuyo sonido es casi semeja te al de la voz humana; pero no son tan salvages como podria esperarse de sus hábitos y costumbres, antes por el contrario, son mansas y capaces de recibir cierta especie de educacion; se las amansa facilmente y aun llegan á ser cariñosas, aunque nunca cobran tanto afecto que puedan llegar á ser animales domésticos, pues aun las que se han cogido pequeñas y se las ha criado en las casas, cuando hallan la ocasion, recobran su libertad y huyen al campo. Como su oído es bueno, y además acostumbrañ sentarse sobre sus pies traseros, sirviéndose de los delanteros como de brazos, se han visto algunas á quienes se habia enseñado á tocar el tambor, á gesticular en cadencia, etc.

En general, la liebre no carece de instinto para su propia conservacion, ni de sagacidad para libertarse de sus enemigos: en invierno forma su cama en parages espuestos al Mediodia, y en verano, al Norte; y para no ser vista, se oculta entre terrones del color de su pelo (1). «Yo he visto dice du Fouilloux una liebre tan astuta que apenas oía el sonido de la trompa de caza, dejaba su cama, y aunque estuviese un estanque á un cuarto de legua de distancia, se iba á él, y se escondia en unos juncales, siendo así

(1) Nadie ignora que las liebres se forman una cama, y no escaban profundamente la tierra como los conejos para hacerse un vivar; sin embargo, Mr. Hattlingen, hábil naturalista, que actualmente hace trabajar en las minas de los Pirineos, me ha informado que en las montañas de la cercania de Baygory, suelen las liebres minar entre los piñascos y construirse madrigueras; cosa, dice, que no se ve en ninguna otra parte.

Tambien es notorio que las liebres no gustan de hacer mansion en los parages en que habitan los conejos; pero parece que recíprocamente los conejos multiplican poco en los países en que las liebres abundan.

que los perros no la habian perseguido : tambien he visto correr una liebre, por espacio de dos horas, siguiéndola los perros, y que al cabo de dicho tiempo les daba el cambio, esto es, echaba á otra liebre de la cama en que estaba, y se quedaba ella en su lugar : otras que atravesaban dos ó tres estanques, de los cuales el menor tenia ochenta pasos de largo: otras que, despues de corridas por tiempo de dos horas, entraban por debajo de la puerta de un establo, y se escondia entre las ovejas : otras que, perseguidas de los perros, se metian entre un hato de ovejas que pasaba por el campo, sin querer salir de entre ellas. Tambien he visto liebres que no bien oian á los galgos, cuando se escondian en vivares: otras que huian por el lado de una valla, y volvian por el otro, de suerte que no habia entre ellas y los perros mas que el grueso de la misma valla : otras que, despues de haber corrido media hora, saltaban una tapia antigua, de siete pies de alto, y se ocultaban en un agujero cubierto de yedra : otras que nadaban en un rio que podia tener ocho pasos de ancho, y le pasaron y repasaron en mi presencia mas de veinte veces en longitud de doscientos pasos.»

Pero estos son sin duda los mayores esfuerzos de su instin'o, pues sus ardidés ordinarios son menos finos y delicados, contentándose, cuando son echadas y perseguidas, con huir velozmente y dar vueltas y revueltas por los mismos pasos, sin dirigir su carrera contra el viento, sino al lado opuesto; siendo de notar que las hembras no se alejan tanto como los machos, pero dan mas vueltas. En general, todas las liebres nacidas en el parage de donde se las echa, apenas se apartan de él, volviendo luego á su que-rencia; y si se les da caza dos dias consecutivos, vuelven al siguiente á las mismas vueltas y revueltas que dieron la vispera. Cuando una liebre corre en línea

recta y se aparta mucho del parage de donde fué echada, es prueba de que era forastera y solo estaba allí de paso, pues sucede, principalmente en lo mas fuerte del zelo, el cual es en los meses de enero, febrero y marzo, que algunos machos, faltos de hembras en sus países nativos, caminan muchas leguas á buscarlas, y se mantienen en su compañía; pero luego que son perseguidos por los perros, huyen á su propio país, y no vuelven. Las hembras no dejan nunca sus domicilios: son mayores que los machos, y sin embargo mas timidas, y de menos agilidad y fuerza, pues no esperan tanto como los machos á que los perros se acerquen á sus camas, y se valen de muchos mas ardidés y rodeos. Tambien son mas delicadas y espuestas á las impresiones del aire, y temen el agua y el rocío, al paso que entre los machos hay muchos llamados *liebres mezquinas*, las cuales buscan las aguas y esperan á los perros en los estanques, pantanos y parages cenagosos. La carne de estas *liebres mezquinas* es de muy mal sabor, y en general la de todas las liebres que habitan en las vegas ó en los valles, es insípida y blanquecina, en vez de que los lebra'os, y aun los lebratones criados en terrenos altos, ó en colinas en que abundan el serpol, el tomillo y otras yerbas finas son de excelente gusto: y solo se advierte que las que habitan en lo interior de los bosques, en los mismos países, no son tan buenos ni con mucho, como los que viven en las orillas de los mismos bosques, ó que se domicilian en los campos y en las viñas; y que la carne de las hembras es siempre mas delicada que la de los machos.

La naturaleza del terreno influye en estos animales como en todos los demas, y así se observa que las liebres de montaña son mayores, mas robustas y de diferente color que las que viven en las llanuras, siendo las primeras mas blancas en el vientre, y mas

pardas en lo restante del cuerpo que las segundas, que son rojizas. En las montañas elevadas y en los países septentrionales se vuelven todas blancas en el invierno, y recobran en el verano su color ordinario; y solo se ven algunas, acaso las mas viejas, que permanecen siempre blancas, pues todas con corta diferencia adquieren este color en la vejez. Las liebres de los países calientes como Italia, España y Berberia, son mas pequeñas que las de Francia y de otros países mas septentrionales; y tambien, segun Aristóteles, eran mas pequeñas en Egipto que en Grecia. Hallanse estos animales esparcidos en todos los climas, habiendo muchos en Suecia, en Dinamarca, en Polonia, en Moscovia, Francia, Inglaterra, Alemania, Berberia, Egipto, é islas del Archipiélago, señaladamente en Delos, actualmente *Idilis*, que fué llamado *Lagia*, por los antiguos griegos, á causa del gran número de liebres que allí habia. Finalmente, hay cantidad de liebres en Laponia, donde son blancas diez meses del año, y no recobran su color rojizo sino solamente en los dos meses en que hace mas calor.

«En pocos parages de Noruega, dice Pontoppidam, se encuentran conejos; pero hay gran número de liebres, cuyo pelo pardo y gris en verano, se vuelve blanco en invierno. Estas liebres, cazan y comen ratones como los gatos, y son mas pequeñas que las de Dinamarca.»

Dudo mucho que las liebres de Noruega coman ratones, y tanto mas, cuanto no es este el único hecho maravilloso ó fabuloso de que se puede acusar á Pontoppidam.

De lo dicho se deduce que para las liebres todos los climas son casi iguales; sin embargo, se observa que hay menos liebres en el Oriente que en Europa, y pocas ó acaso ninguna en la América Meridional, no obstante haberlas en Virginia, en Canadá, y has-

ta en las tierras mas contiguas á la bahía de Hudson y al estrecho de Magallanes; pero estas liebres de la América septentrional son quizá de especie diferente de la de nuestras liebres; pues los viajeros aseguran que no solo son mucho mayores, sino que su carne es blanca y de muy diverso gusto de la de nuestras liebres: añadiendo que el pelo de las del Norte de América nunca se las cae, y que hacen de ellas excelentes forros. En los países en que el calor es excesivo como en el Senegal, en Gambia y Guinea, y sobre todo en los distritos de Fida, de Apam, de Acra, y en algunos otros países situados bajo la zona tórrida de Africa y en América, como en la Nueva Holanda, y en las tierras del Istmo de Panamá, hay tambien unos animales que los viajeros han tenido por liebres; pero que son mas bien conejos; pues el conejo es originario de los países calientes, y no se halla en los climas septentrionales, en vez de que la liebre es tanto mayor y mas robusta, cuanto es mas frio el país en que habita.

«En la Isla de Francia, dice el vizconde de Querhoente las liebres no son mayores que los conejos de Francia: tienen la carne blanca: no construyen vivares: su pelo es mas liso que el de las nuestras; tienen una gran mancha negra en la parte superior, entre la cabeza y el cuello, y abundan mucho.»

Tambien dice Mr. Adanson que las liebres del Senegal no son del todo como las de Francia, sino algo menores, y de color que participa del de la liebre y del conejo, y que su carne es delicada y de sabor exquisito.

Este animal, tan buscado para las mesas en Europa, no tiene ningun mérito para los orientales. Es verdad que la ley de Mahoma, y anteriormente la de los judios, prohibieron el uso de la carne de liebre, igualmente que la del cerdo; pero los romanos y los

griegos la apreciaban tanto como nosotros: *Inter cuadrupedes gloria prima lepus*, dice Marcial. Efectivamente su carne es excelente, y hasta su sangre es buena de comer, y la mas dulce de todas las sangres, no teniendo parte alguna la grasa en la delicadeza de la carne, pues la liebre nunca engorda mientras vive libre en el campo, aunque suele morir sofocada de la gordura cuando se cria en las casas.

La caza de liebres es la diversion, y muchas veces la ocupacion única de las gentes ociosas del campo; y como para ella no se necesitan gastos ni aparatos, y además produce utilidad, conviene á todo el mundo. Por la mañana temprano, y por la tarde, puesto el sol, se vá á las orillas de los bosques á esperar las liebres, al tiempo que entran ó salen. Cuando el aire es fresco y la atmósfera está despejada de nubes, si la liebre viene á encamarse despues de haber corrido, el vapor de su cuerpo forma una ligera humareda, que los cazadores perciben desde muy lejos, sobre todo si su vista está acostumbrada á esta especie de observacion; y yo he visto cazadores que, guiados por este indicio, iban desde media legua de distancia á matar en la cama la liebre, la cual ordinariamente deja que se la acerquen mucho, especialmente si no se hace ademan de mirarla, y si en vez de caminar directamente á ella, se toma una direccion oblicua para irse acercando. La liebre teme á los perros mas que á los hombres, y cuando percibe un perro ó le oye, no espera que se le acerque. Aunque la carrera de la liebre es mas veloz que la de los perros, como no corre en línea recta, sino que dá vueltas y revueltas al rededor del parage de donde salió, los galgos, que la siguen mas bien por la vista que por el olfato, la cortan el camino, y la cogen y matan. En el verano gusta la liebre de vivir en los campos, en otoño en las viñas, y en invierno en los bosques ó

en los matorrales, y en todo tiempo se puede, sin dispararla, obligarla á correr por medio de podencos. Tambien se la puede coger con aves de rapiña: los bubos llamados duques, los hornies, especie de alcornes, las águilas, las zorras, los lobos y los hombres la hacen igualmente la guerra: en una palabra, son tantos los enemigos que la persiguen, que solo por casualidad se liberta de ellos, y es muy raro que la dejen gozar del corto número de dias que la ha concedido la naturaleza.

EL CONEJO.

Como la liebre y el conejo, aunque muy semejantes en su estructura interna y esterna, no se mezclan, deben componer dos especies distintas y separadas. Sin embargo, asegurando los cazadores que los machos, en tiempo del celo, buscan las conejas y las cubren, he procurado saber lo que resultaria de su union, y á este fin he hecho criar conejos con liebres hembras, y machos de estas con conejas, pero estos experimentos nada han producido, y solo me han hecho ver que estos animales, cuya figura es tan parecida, son no obstante de naturaleza bastante diversa para no producir ni aun especies mestizas. Un lebrato, y una coneja, casi de su misma edad, no vivieron juntos tres meses, pues luego que empezaron á tener vigor, se hicieron amigos, y su continua guerra se terminó con la muerte del lebrato. De dos liebres machos, de mas edad, que pase cada uno con una coneja, el uno tuvo la misma suerte, y el otro, que era muy ardiente y muy robusto, y que no